

# LA GLOBALIZACIÓN Y LA PÉRDIDA DE IDENTIDAD

*Emilio Mordini*

---

El concepto de globalización, tal como se usa hoy en día, ha llegado a tener un significado de naturaleza casi exclusivamente económica; la gran mayoría de la gente lo percibe de una manera bastante confusa y tiene la impresión de que representa una oscura amenaza. Es así, por ejemplo, que al encontrarse frente a una repentina caída del mercado bursátil de su país que hizo desaparecer buena parte de sus ahorros, el lego recibe como explicación que se debió a una grave crisis económica en Rusia o en México, o al desplome de las bolsas de valores asiáticas, y no puede entender las causas de estos efectos de amplio alcance, producidos por la “globalización”. Otras veces comprende que un aumento del desempleo en cierto sector productivo de su región se debe a que las empresas del sector se dieron cuenta de que les resultaba más ventajoso mudar sus plantas productivas a países del tercer mundo, donde los costos de mano de obra son considerablemente menores. Los ejemplos abundan, y todos se clasifican dentro de lo que podríamos llamar “la globalización de los mercados” (los mercados de capital, trabajo, materias primas, productos, servicios). Por consiguiente, el significado actual de la globalización se reduce al de una “globalización económica”. Desde este punto de vista, la globalización plantea todo un conjunto de problemas que, aunque a menudo son considerados “nuevos”, lo son solo en un sentido relativo, puesto que no son más que la proyección a escala mundial de problemas inherentes a la economía de mercado como tal. Por lo tanto, junto a quienes ven en la expansión del “libre mercado”, según la dinámica pura de sus “leyes” internas, una mayor prosperidad económica a largo plazo para toda humanidad, están quienes recalcan el riesgo real de que amplias áreas y estratos de la humanidad sufran desastrosas consecuencias económicas y sociales si no se elaboran con prontitud “reglas”, medidas correctivas y garantías que permitan establecer un equilibrio entre la lógica económica y las necesidades de justicia y garantía de los derechos humanos básicos.

---

Agradecimientos. Este trabajo se financió en parte mediante una subvención de la Comisión Europea, Dirección General de Investigación, contrato núm. QLG6-CT-2002-01796.

En todo caso, no es mi intención abordar este tipo de problemas, que son por cierto cruciales, complejos y urgentes. Pretendo más bien abordar las diversas características perturbadoras presentes en el proceso de globalización no tanto en el plano económico, sino en el plano más general de lo humano y lo antropológico, las señales de malestar que habían aparecido mucho antes de que la globalización económica se impusiera con todas sus manifestaciones, es decir, desde aquel momento hace varios decenios, en que se acuñó la expresión “aldea global” para indicar simbólicamente la nueva carta sociológica que el mundo estaba destinado a adoptar, principalmente como consecuencia de la propagación masiva de las comunicaciones y la información. Entre estas características perturbadoras, no hay duda de que una de las más significativas es la intensa aceleración del fenómeno de la pérdida de “identidad individual” que aflige prácticamente a todas las denominadas sociedades “avanzadas” desde ya hace cierto tiempo.

En el campo de la filosofía contemporánea, el problema de la “identidad individual” (o “identidad personal”) se refiere a un asunto bastante complejo pero, en resumidas cuentas, más bien bizantino: el problema de comprender y explicar cómo una persona puede seguir siendo la misma, incluso cuando pasa por los cambios físicos, mentales y existenciales que experimenta a lo largo de su vida. Permítanme aclarar que al decir que es un asunto más bien bizantino, no es mi intención señalar que sea banal, toda vez que el problema genera respuestas cuyos efectos pueden ser sumamente significativos, por ejemplo, en el campo de la ética y la bioética. Sin embargo, la identidad individual tiene otro sentido que, aunque menos estudiado, tiene una importancia concreta y un valor humano más fundamentales: puedo expresarlo diciendo que cada ser humano tiene la necesidad básica de “conocer su propia identidad”, es decir, saber “quién es”, tener una “imagen” general de sí mismo que pueda dar sentido a sus actos y a su vida en general. Se sabe que muchos momentos “desorientadores” relacionados, en términos generales, con la desaparición de estructuras de “valores” que por mucho tiempo constituyeron una referencia común implícita para la civilización occidental (valores morales, religiosos, sociales, políticos) han contribuido a producir la progresiva desintegración de la imagen del hombre. El “politeísmo de los valores” al cual se refirió Max Weber, que caracteriza a las sociedades “avanzadas”, parece haber reducido el horizonte del “sentido” a partir del cual cada individuo “identifica” su existencia en el mundo, sus deberes, la manera auténtica de relacionarse con los demás y el destino final de su vida con una

### ***Globalización y pérdida de identidad***

serie de “opciones subjetivas” puestas en práctica en una situación de incertidumbre, sensibilidad o una mayor o menor “fe” que no es racional. A todo esto se unen las numerosas “imágenes del hombre” que se han planteado con los avances de las diversas ciencias, las cuales no solo han procurado revelar los “mecanismos” de su existencia, sino que además a menudo han proclamado que lo han hecho: al principio los mecanismos físicos, químicos, termodinámicos y eléctricos que rigen el funcionamiento de su organismo, y luego los mecanismos de su psique, ya sea consciente o inconsciente, o los de sus condicionamientos sociales o lingüísticos, interconectándolos de una manera más o menos arbitraria. Todas estas imágenes “objetivas” pero parciales carecen intrínsecamente de unidad y, cuando aseguran que sí la ofrecen, lo hacen en un sentido “reduccionista”, es decir, afirmando que explican los hechos más fundamentales de la subjetividad —como la libertad de elección, la conciencia de sí mismo y el sentido moral— como “efectos” de determinismos que no dependen de nosotros. Hoy en día, las neurociencias y la inteligencia artificial son los sectores en los cuales hay mayores posibilidades de medir el riesgo de desorientación que existe, en lo referente a la posibilidad de captar la propia identidad. Ya no soy *yo* quien deseo, elijo, reflexiono, establezco un ideal de vida, me esfuerzo, lucho, sufro y tengo esperanzas; en lugar de ello, todo esto es consecuencia de lo que está escrito en mi código genético, en mi sistema neuronal, en las maneras en que estas estructuras más reaccionan ante los estímulos ambientales, y así sucesivamente.

Sin embargo, el efecto nocivo de estos diversos factores no es igual en cada persona: de hecho, para muchos, esta diversidad de opiniones, estímulos, conocimientos e imágenes puede ser enriquecedora si tienen un marco de referencia global y unitario del cual extraer  *criterios para juzgar* y evaluar todas estas contribuciones, dándoles a cada una de ellas una dimensión adecuada y un significado específico. Como puede observarse, este marco de referencia es una condición “preliminar”; constituye una especie de terreno en el cual “echa raíz” la identidad de cada individuo desde su origen, y le permite no estar expuesto completamente solo —casi cual tabla rasa— ante las diversas tensiones que en realidad no es capaz de juzgar y evaluar.

La conciencia implícita de pertenecer a una  *comunidad vital*, es decir, a una colectividad que no está formada simplemente por una “pluralidad” de seres humanos, sino que se identifica con una  *historia* y un  *destino* comunes, le ofrecen y garantizan espontáneamente a cada persona las raíces de la identidad que posee cada individuo. En la misma familia, la más fundamental de

estas comunidades, el vínculo sanguíneo tiene un significado mucho más rico y profundo que el de un vínculo biológico: en realidad, representa el injerto de una “estirpe” que tiene su propia *historia*, es decir, un legado de ideales, modelos de vida y valores transmitidos de generación en generación que se depositan en la memoria y se heredan de padres a hijos. Esta estirpe ha experimentado las vicisitudes del sufrimiento, la gloria y las equivocaciones; los miembros actuales de la familia pueden sentirse orgullosos o incluso avergonzados de ella, pero en realidad no pueden considerarlo “extraño”, ya que los diversos miembros de alguna forma creen que tienen un *destino* común con el que se sienten solidarios y al que todos aportan algo. Este “sentido de pertenencia” se amplía, con las mismas connotaciones, a los *parientes*, la tribu, la ciudad y la nación y le da un carácter concreto a la identidad individual.

En el siglo XIX, este profundo concepto de solidaridad existencial dio lugar al surgimiento —sumamente valioso— de la idea de *nación*, una idea capaz de crear fuertes sentimientos de identidad, provocar luchas por grandes ideales, despertar diversas formas de heroísmo así como inspirar expresiones literarias y artísticas: el individuo tuvo, al mismo tiempo, la impresión precisa de que su identidad, su responsabilidad y su creatividad eran irrepetibles, y cobró consciencia de que estaba contribuyendo positivamente a la formación de la comunidad nacional, así como a su enriquecimiento y su gloria. De esta forma, la idea de nación, conformada por el pensamiento romántico, se convirtió en un *ideal* auténtico que, en la realidad, constituyó el principal motor de la historia occidental a lo largo de casi todo el siglo, y siguió siendo así aun cuando ciertos elementos que constituían esta idea comenzaron a corromperse. De hecho, es necesario recordar que los fundadores del pensamiento nacional del siglo XIX forjaron la idea de una identidad específica de naciones únicas, pero también recalcaron la mutua complementariedad de estas y la fecundidad de una coexistencia armoniosa. Con muy escasas excepciones, aun cuando eran dados a celebrar una especie de “primacía” de la nación a la cual pertenecían (algo históricamente comprensible en el caso de naciones que aún luchaban por su unidad política, como Italia y Alemania), no cayeron en el error de afirmar que su nación tenía el derecho a ejercer la supremacía y el dominio sobre otras naciones. Baste mencionar, a este respecto, los nombres de Mazzini y Bolívar.

Lamentablemente, esta idea degeneró y cobró las formas aberrantes del *nacionalismo* (que, en particular, había anulado el concepto original antes mencionado del positivismo y la

### ***Globalización y pérdida de identidad***

complementariedad de las diferencias nacionales), lo cual condujo a las trágicas experiencias históricas que marcaron la primera mitad del siglo XX. La reacción ante tales experiencias fue el rechazo del concepto mismo de nación (hoy en día, este término prácticamente ha desaparecido, casi víctima de la censura, del discurso común y corriente y, más aún, del discurso político, en el cual ha sido reemplazado por el término “país”, más débil). Sin embargo, con esto se ha creado un auténtico vacío de ideales en la civilización occidental contemporánea; ese lugar está siendo ocupado por los peores sustitutos tácitos de la idea de nación, como los egoísmos raciales y étnicos, que en realidad solo son proyecciones en el plano colectivo del espíritu individualista que hoy en día lo invade todo. En la actualidad, la pérdida generalizada de las identidades nacionales causa fenómenos que podrían llamarse “de regresión” o “involución histórica”. Muchas de las que podrían considerarse las naciones más sólidamente formadas, a veces con un considerable legado histórico tras de sí, están presenciando la aparición de fenómenos de separatismo, a menudo muy acentuados e incluso violentos, que ejercen fuerzas centrífugas y desintegradoras, y se transforman en exaltaciones exasperadas de diferencias que gradualmente se habían superado e integrado en la unidad de la nación a lo largo del proceso histórico. Pero la vacuidad política, social y cultural de estos fenómenos se torna evidente tan pronto comprendemos que no se han traducido en la formación, o quizás en la recuperación, de comunidades auténticamente inspiradas por un sentido espiritual e ideal de “pertenencia” a una tradición, una historia y un destino comunes, sino que en realidad dejan ver que son un esfuerzo por defender mejor los intereses locales oculto tras declaraciones vagas y genéricas sobre identidades pisoteadas. Así pues, hoy en día la historia presenta el paradójico panorama de una *globalización* que, por una parte, tiende a borrar diversos tipos de fronteras entre los pueblos, estimula o provoca migraciones masivas y mezclas de tradiciones y culturas y parece proyectar en el futuro la existencia de una sociedad planetaria mientras, por la otra, pululan los particularismos, los secesionismos, los conflictos tribales sangrientos y las intolerancias étnicas, raciales y religiosas. Por lo general, el resultado de estas dos dinámicas opuestas es una creciente pérdida de identidad, es decir, de esa comunidad de raíces que proporcionan al ser humano una base agregada de referencia que le permiten ser él mismo y, al mismo tiempo, sentirse existencialmente parecido a otros seres humanos con quienes puede compartir la pertenencia a un patrimonio común de valores, costumbres, ideales y compromisos.

Para superar esta situación, con toda razón negativa para muchos hoy en día, y especialmente para poder tener la esperanza de darle sentido y valor al incontenible proceso de globalización, quizás a alguien se le ocurra la idea de intentar forjar nuevamente, a gran escala, algo similar al ideal de nacionalidad y seguir adelante con su realización histórica. Sin embargo, actualmente parece casi imposible repetir tal proceso para toda humanidad, precisamente porque los elementos necesarios para percibir esa comunidad de historia y de destino que, tal como hemos visto, permitió que madurara la idea de nación (no por casualidad nació hace menos de dos siglos, como consecuencia de una profunda *reflexión* sobre la historia) han desaparecido en términos objetivos. Es cierto que hoy en día diversos pueblos (como los de Europa y de las dos Américas) están comenzando a concebir, aunque con muchas incertidumbres, una comunidad de historia y de destino. Sin embargo, no es menos cierto que esta conciencia no se ha manifestado en muchas otras partes del mundo y, además, que estas diferentes “historias comunes”, habiendo permanecido separadas en el tiempo y el espacio durante milenios y al seguir siguiendo casi mutuamente desconocidas, no pueden dar lugar al sentimiento de una historia común de la humanidad. Es posible que en un futuro no muy distante aparezca una conciencia similar quizás gracias a una reflexión no científica sobre los rasgos comunes de la *historia de la humanidad*, interpretada ya no desde un punto de vista político-militar, sino desde un punto de vista antropológico, es decir, considerando cómo el género humano, en las más diversas latitudes, ha pasado por etapas de “evolución cultural” en muchos aspectos similares, dando lugar a formas de civilización y cultura que son originales y sumamente diferentes, pero también muy semejantes de muchas maneras, y que todos pueden comparar, comprender y apreciar. Esto también podría venir acompañado de la conciencia de un *destino* común que las próximas generaciones podrían verse obligadas a vivir, al enfrentarse con los graves problemas ecológicos que se perfilan en el horizonte, así como los graves problemas sociales que el avance de la globalización traerá a primer plano con una frecuencia cada vez mayor.

Se trata de perspectivas obviamente futuristas. No obstante, un camino viable de inmediato podría encontrarse en lo que una vez caracterizó el cambio en el concepto de nación, es decir, en realzar la *diversidad*. Mientras la globalización tiende a hacerla desaparecer, una sensatez elemental nos indica que la diversidad se debería proteger, considerándola no una señal de “lo extraño”, ni siquiera de lo inferior, en comparación con los modelos de vida o

### ***Globalización y pérdida de identidad***

los valores del grupo, sino más bien como auténticas fuentes de *riqueza*. Muchas naciones, en las mejores épocas de su historia, se nutrieron gracias a la diversidad que existía en su seno, por lo que cosecharon frutos como la civilización, el esplendor, el éxito y el poder. El sentido de identidad nacional logró sentirse con gran fuerza incluso en las naciones que incorporaron poblaciones de diferentes idiomas, religiones y orígenes étnicos (como Suiza, los Estados Unidos y Rusia, por ejemplo).

Así pues, no faltan ejemplos históricos para apoyar este proyecto que, sin embargo, presupone la existencia de una actitud espiritual precisa, es decir, la creencia íntima de que los *otros* tienen muchas cosas que yo *no tengo*, y que *son valiosas* por sí mismas o incluso podrían tener valor para mí (o para nosotros). No es fácil adoptar esta mentalidad, ya que presupone el cobrar consciencia de los *límites* culturales, históricos, de conocimiento, institucionales y políticos de uno mismo. Cada cultura ha albergado la ilusión de ser, de una u otra forma, el *centro* del mundo y de la historia (no es una deformación atribuible solo al vituperado “eurocentrismo”: también ha estado presente en los chinos, así como en los mexicano-estadounidenses e incluso en las culturas “primitivas”). Hoy en día, es cuestión de renunciar a la búsqueda de un “centro” nuevo, para en cambio darse cuenta de que la limitación humana nunca permitirá que un individuo ni una sola comunidad o cultura, por “avanzada” que sea, abarque toda la variedad de lo que es beneficioso, hermoso y válido para todos los seres humanos, puesto que todos tienen algo que aportar y algo que aprender y asimilar de los demás. Gracias a esta nueva conciencia, el ser humano de la era de la globalización puede seguir encontrando las raíces particulares de su identidad y, al mismo tiempo, estar abierto y enriquecerse con lo que recibe al estar en contacto y compartir los aportes que brindan tradiciones diferentes a la suya propia.

### **ACERCA DEL AUTOR**

*Emilio Mordini* es psicoanalista clínico y director fundador del Centro para la Ciencia, la Sociedad y la Ciudadanía. Fue director del Instituto Psicoanalítico para las Investigaciones Sociales (1986-2001) y profesor de Bioética en la Universidad de Estudios de Roma “La Sapienza”, en el Departamento de Ginecología, Obstetricia y Atención Infantil (1994-2005). Su capacitación académica original fue como médico (título *Magna Cum Laude* por “La Sapienza”, 1981; especialización en Gastroenterología, 1984) antes de cambiarse al Psicoanálisis (psicoanalista certificado, Asociación Médica de Roma, 1989; miembro de la Sociedad Italiana de Psiquiatría, 1992) y luego a la ética y las ciencias sociales (maestría *Magna Cum Laude* por la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino [Angelicum], 1994). Desde 1994, el

### ***Emilio Mordini***

---

doctor Mordini ha colaborado con diversos grupos de expertos en ética de la Comisión Europea. También ha trabajado como revisor de proyectos en diversos programas nacionales (Ministerio de Salud de España, CNRS de Francia, Wellcome Trust, y las regiones Veneto y Emilia Romagna de Italia). Desde el año 2003, es experto certificado del Ministerio de Educación, Universidades e Investigación de Italia (decreto núm. 603 del 24 de marzo del 2003). Su investigación actual trata sobre la biometría y las tecnologías de identificación y sus implicaciones legales, culturales, éticas y sociales. Esta investigación se centra en las implicaciones políticas, sociales y éticas de avances recientes en la tecnología de identificación, en particular la biometría, la identificación por radiofrecuencia, los sistemas microelectromecánicos, las etiquetas inteligentes, los microchips implantables y las maneras en las cuales todo esto cambia nuestras ideas sobre la identidad humana, la distinción entre datos públicos y privados y, naturalmente, las líneas divisorias entre identidad personal e integridad corporal, incluida la denominada “*informatización* del cuerpo humano”.